

mos mal, de esta parte sólo poseemos un capítulo muy corto, y de cada página sólo nos dan algunas líneas dispersas (1).»

¿Y cómo podría argüir de falsedad á la verdad divina, cuando no es más que una ciencia en mantillas, incapaz de probar que las leyes y las fuerzas conocidas en la actualidad, hayan sido las únicas que han presidido á la formación de la tierra; y más incapaz aun de decir si esas leyes y esas fuerzas han obrado en otro tiempo del mismo modo y tan intensamente como en nuestros días? Así tenemos los *quietistas* que explican por medio de causas regulares y permanentes, pero de una duración prodigiosa las vicisitudes del globo: y los *convulsionistas* que atribuyen todas las modificaciones de la corteza terrestre á grandiosos cataclismos, cuyas espantosas peripecias no hay acento humano que pueda referir. Con todo, convulsionistas y quietistas, neptunianos vulcanistas, y atomistas, merecerán de parte de la fé idénticas consideraciones, con tal que no le disputen el terreno en que actúa, por otra parte completamente inútil para sus evoluciones y necesario á su existencia. La

1 Lyei. Principios de geología.

tierra no es eterna, existe por la voluntad de Dios que la ha creado, y su modo de existencia responde tan bien al arquetipo divino, que si ha sufrido diversas series de transformaciones, proviene precisamente de que así lo dispuso y ordenó su sapientísimo Autor.

Atenta á esto, la Iglesia no se preocupa poco ni mucho del valor científico de los libros cuya publicación autoriza, dejando á cada cual en libertad de profesar hasta el absurdo si se le antoja, en el orden puramente humano, con tal, sin embargo, de que respete el divino. Hace quince años publicóse en Roma una disertación encaminada de demostrar por medio de argumentos físicos, que el diámetro del sol, media únicamente algunas varas. El soberano señor del Sacro-Palacio no se incomodó poco ni mucho, porque hubiese un sacerdote periodista amigo de hacer reir al público á su costa. Por otra parte, en la ciudad de Roma el P. Piaciani ha repetido casi todas las ideas de Laplace sobre el origen del globo, teoría en virtud de la cual cada sistema solar solo habria tenido primitivamente un solo astro generador, que en su rotación más ó menos acelerada, habria sembrado lo demás como inmensas salpicaduras difundidas por su fuerza centrífuga.

El oráculo de la fé asiste indispensablemente á estos ensayos en opuesto sentido, porque nada le importan: la fé atieade, en la exposicion de un sistema de dónde hace derivar la materia primera, cómo explica que no haya permanecido eternamente en su estado de reposo; de qué manos hace partir el impulso que inició la série de los movimientos y de las transformaciones cósmicas; á qué poder, finalmente, refiere las fuerzas destinadas alternativamente á iluminar, enfriar, coagular y condensar la masa del globo, y cuando la fé ha obtenido para con Dios las satisfacciones necesarias respecto del particular, suelta complacientemente las riendas al pensamiento humano relativamente á todo lo demás.

El pensamiento humano usa y hasta abusa de semejante concesion. Nos hemos ocupado en buen número de sus sueños con la detencion debida, no obstante y sernos notorio que despues de habernoslos opuesto, él mismo los desprecia. Sí, de cuantas bases geológicas acabamos de examinar, acaso no exista una sola que no esté puesta en duda por la geología. Greenhough rechaza la hipótesis del fuego central: Humboldt declara que del estado presente del globo, no puede deducirse conclusion alguna cierta relativamente á su desenvolvimiento retrospectivo Lyell consi-

dera como una opinion desprovista de pruebas la que supone la primera fase de la tierra distinta de esta (1). Todas las teorías que se han formado para explicar el achatamiento de nuestro planeta, en el sentido del eje de rotacion; para darse cuenta de los volcanes; de las cuencas hullferas, etc., etc., hállanse contradichas por otras de no ménos peso é importancia. Por último, Vogt declara que los terrenos estratificados y regularmente superpuestos son los únicos documentos auténticos de la geología, y que la época de la tierra en que faltan dichos documentos, es puramente mítica, puesto que la ciencia del globo no puede comenzar antes de su historia. Despues de semejantes confesiones ¿tiene derecho la geología para echarnos en cara el no estar con ella de acuerdo? ¿Lo está acaso consigo misma?

Mas en cambio no se escandalice la ortoxia estrecha ante la idea de un mundo formado paulatinamente como las obras del hombre, por considerar que era al parecer más digno de la divina soberanía suscitarlo todo en un estado de completa organizacion, y por medio de un subli-

me golpe de efecto dirigido sobre la nada. A esta exigencia irracional contestaré con el buen sentido: Un poder infinito no deja de serlo por que modere voluntariamente su energía. Según la moral cristiana, Dios procede con lentitud en la ejecución de sus obras, para enseñarnos á contener la impaciencia en nuestros deseos: según ciertos teólogos, Dios tenía como testigos en sus preludios de creación material, á los ángeles que le aplaudían, y cuya caída fué la mayor de las catástrofes ocurridas anteriormente á la época histórica; finalmente, según la Escritura: "¿Dónde estabais en los momentos en que echaba Dios los cimientos á la tierra? ¿Sabéis acaso quién ha establecido las medidas y extendido la cuerda sobre ella; sobre que descansan sus bases y quién estableció la piedra angular; cuándo los astros todos de la mañana alababan juntos al Creador, y todos los hijos de Dios estaban transportados de júbilo? Contestad á todo esto si tenéis inteligencia y saber bastantes (1)."

Mas al llegar á este punto, desechada la geología viendo que no es para nosotros un obs-

(1) Job;

táculo, no obstante los vehementes deseos que de ello tiene, exclama con voz de triunfo: Convenid, por lo ménos en que vuestras tablas cronológicas necesitan ser corregidas, teniendo en cuenta las que nosotros hemos tomado. Según Gustavo Bischof, para la formación de las bases granitoides que sirven de armazón á la tierra, y de los sedimentos que vienen á ser sus carnes, es menester un lapso de tiempo que no baja de 353 millones de años: con este, comparado, ¿no constituyen un período insignificante vuestros sesenta siglos de tradición mosaica? Por lo que á mí toca, debo confesar, teniendo en cuenta la objeción precedente, que cuantos ménos años de existencia dá á lo que existe el legislador hebreo, más inclinado me siento á creerlo; pues sólo es propio de los narradores sospechosos colocar el teatro de su acción muy lejos, en el tiempo ó en el espacio, á fin de que no vayan á averiguarlo aquellos que les escuchan; al paso que cuanto más acerca y facilita un hombre sus testigos y sus pruebas, más patentes las dá de la sinceridad con que procede.

A más de que, no debe confundirse la edad del mundo con la edad del hombre. ¿Puede acaso citarse un solo exegeta que haya fijado una fecha determinada á ese período de la obra di-

vina *In principio creavit Deus calum et terram?*
 ¿Por ventura la era caótica tuvo jamás su cronología determinada en los cálculos de la exegesis? En vista de esto si no os bastan 353 millones de años para establecer científicamente el cielo y la tierra, no hay inconveniente en que dobleis la cantidad, puesto que nuestra revelación no ha de oponerse á ello. Hay más aun: respecto del particular participaremos de vuestras opiniones, si es menester, y suscribiremos á vuestros cálculos si los encontramos justos, y nos guardaremos muy bien de rechazarlos sistemáticamente. De manera que la objeción geológica carece de sentido cuando se refiere á la formación de la tierra. Véamos ahora si es más fundada cuando trata de las transformaciones que ha experimentado.

II.

habe el cristianismo sido en que se crea A.
 Cuanto hasta el presente nos ha ocupado se remonta al período llamado primitivo, durante el cual la vida no habia comenzado aun en la

tierra: vamos ahora á penetrar en una fase más nos hipotética, siquiera no menos obscura, cual es la comprendida entre la época, llamada por la geología, de transición, y el período cuaternario. Las transformaciones del globo durante este inmenso lapso de tiempo se resumen en dos acontecimientos geológicos de una trascendencia inmensa: la obra de los seis dias, y el diluvio mosaico. Pero solo examinaremos esos dos vastos campos de discusión científica en sus relaciones íntimas con la fé, y por consiguiente solo nos cumple establecer una verdad: las transformaciones de la tierra descritas por la semana genesiaca, nada tienen de contrario á las verdades científicas, y hasta pueden conciliarse con todos los descubrimientos que en adelante se lleven á cabo.

En primer lugar, puede la exegesis admitir que los seis dias de la creación no han sido de veinticuatro horas, sino que fueron periodos de una duración indeterminada? Por una parte contesto con la más absoluta afirmación. La teología no siente la menor preferencia en favor de la interpretación de la palabra dia segun la significación literal, advirtiendo que si suscribe á otro sentido, no lo hace ni mirando al bien de la paz, ni para evitar responsabilidades que po-

drian perjudicarla. Aun cuando no existiesen las ciencias naturales, sería laudable el que la exégesis considerara la semana genesiaca como una serie de épocas sin medida determinada. San Agustín participaba de esta opinión; obras publicadas en Roma con aprobacion de la autoridad eclesiástica la sostienen, y como la Iglesia es neutral en materia de opiniones científicas, sería hacerle violencia y falsear su espíritu, sujetarla al servicio de la una contra la otra.

Otro principio de solucion que suprime muchas dificultades. Entre el primer versículo del Génesis, *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, y el momento en que fué suscitada la luz media un lapso indeterminado, un abismo caótico dentro del cual pueden tener cabida no pocas revoluciones, aun admitiendo que los días genesiacos hayan sido de una duracion ordinaria. En efecto ¿no ha experimentado la tierra devastacion alguna desde la primera creacion del universo á la organizacion del mundo actual? ¿La obra referida por Moisés es una restauracion ó un primer ensayo? ¿No podrian referirse á esa época de *tohu vabohu* y á las destrucciones que la precedieron, muchos de los descubrimientos subterráneos que la paleontología clasifica con dificultad? ¿El mundo anterior á este, de que nos ha-

blan algunos Santos Padres, y que debió ser destruido en castigo de la caida de los ángeles, no fué acaso sepultado en la espantosa tumba sobre la cual se escribió el epitafio: *Terra erat inanis et vacua?* Finalmente, irritado Dios un día ante el espectáculo del creciente oleaje, de la perversidad humana, ¿no hará brotar una nueva tierra sobre las ruinas de esta, y un nuevo Moisés no escribirá en el comienzo de los anales de una nueva humanidad esta inscripcion tremenda: *Terra erat inanis et vacua?* Bástame con establecer la cuestion: sin embargo, Jacobo Bahræ, F. Schlegel, Julian Hamberg, Enrique de Schubert, Baumgarten, Delitzsche, Leopoldo Schmid, Michelis y Westermayer, han afirmado rotundamente lo que por mi parte no hago mas que insinuar. Cierto que nada se encuentra en la Escritura ni en la tradicion que venga en apoyo de semejantes opiniones; mas sus mantenedores sostienen que los Santos Padres las han pasado en silencio, temerosos del abuso que de ella habria hecho el gnosticismo. A más de que ya que la ciencia imagina tantas hipótesis para atacarnos, ¿no ha de sernos permitido aventurar algunas para defendernos?

Contando como contamos con estas dos clases de interpretacion, no pueden servir de tema á

una objecion formal las transformaciones terrestres consignadas en la semana genesiaca. Por cada suposicion pueden hacerse veinte que salven al par la ciencia y la fé.

1. ° El hombre es libre, por ejemplo, de pensar que bastan los tiempos históricos para explicar todos los fenómenos geológicos, y que los dias de la creacion son períodos de duracion corta, cortísima, en suma, dias de veinticuatro horas. Cierta que á los partícipes de dicha opinion se les objeta la duracion in calculable que ha sido menester para la formacion de las rocas calcáreas, de los fósiles, y de los depósitos de hulla; mas á esto responden:

La calcárea es debida á la acumulacion de dos suertes de animales, los moluscos y los radiados. Ahora bien: mediante un cálculo aproximado basado en el número de dichos animales y en la cantidad de calcárea que pueden producir, se ve que en solos dos mil años podrian cubrir la tierra de una costra calcárea de más de cien metros de espesor.

En cuanto á los fósiles han podido formarse desde los tiempos históricos, puesto que continuamente se están formando en Inglaterra, Sicilia y Suecia, y en lo que alcanza la memoria del hombre se han producido capas fosilíferas de

especies que habian podido observarse vivas. Por lo demás, ¿quién es capaz de enumerar los errores cometidos por la ciencia en este punto? Testigo de ello el esqueleto reputado de hombre preadamita, minuciosamente descrito por Gesner, y en el cual reconoció Cuvier uno de esos baxtrianos anfibios que llevan el nombre de Salamandras. ¿Un lagarto petrificado, dijo Campels, puede confundirse con un hombre?

Los depósitos de hulla, segun los partidarios de las Epocas, son cementerios de plantas y de flores, cuyas capas fueron superpuestas por un invasion del mar cuarenta veces repetida, y transformadas bajo la acción de una elevada temperatura y de las fuerzas electro-químicas. Mas observando lo que pasa en la desembocadura del Missisipi, el Rdo. Manpié, sábio colaborador de Blainville, ha calculado que una masa de carbon de ciento sesenta y seis millones de pies cúbicos, solo ha necesitado quinientos años para formarse (1).

2. ° Tambien es libre el hombre de pensar que los tres primeros dias de la creacion, no fue-

1. Para la doctrina que respecto del particular puede adoptarse, véase el capítulo. La fé y la paleontología.

tra días ordinarios como los nuestros, por lo mismo que el sol, oculto por los vapores terrestres, no brillaba aún sobre nuestro horizonte; y por el contrario, pues los tres últimos días fueron una sucesión de luz y de tinieblas, resultante de la rotación de nuestro planeta sobre sí mismo.

3.º Tampoco hay inconveniente en considerar los días hexaméricos como ciclos más ó menos extensos, llamados *días* por pura analogía. En este caso, la palabra *íom* del texto sagrado, pasa legítimamente del sentido literal al sentido metafórico. Las palabras *mañana* y *tarde* aplicadas á la misma fase, son continuación de la misma figura. Las dificultades existentes para ajustar esta milagrosa semana á la proporción de seis veces veinticuatro horas, desaparecen y por último la mayor parte de los argumentos sacados de la geogonía contra la revelación, quedan reducidos á la nulidad.

4.º También es lícito presumir que la narración mosaica, en cuanto concierne á los seis días de trabajo, por uno de descanso, tiene un alcance simplemente moral. ¿Cuál era el designio de Dios, en la división de su obra en seis partes? Presentarnos la semana genesiaca como un original divino, del cual debía ser copia nues-

tra semana. Los seis primeros días solo se cuentan y se designan para preparar la siguiente indicación: *Y el Señor bendijo y santificó el día séptimo*. De esta suerte, la sucesión de los seis periodos de la actividad divina reunidos á un periodo de reposo, servirá de norma para la distribución de nuestros trabajos y nuestras fiestas semanales, y la semana de Dios servirá de tipo á la semana del hombre. Indudablemente sería mayor la analogía entre esta y aquella si los días de ambas fueran de idéntica extensión; mas basta que las dos lleven el mismo sello característico, el número siete, para que pueda claramente deducirse el precepto moral.

5.º Finalmente, también es permitido considerar la narración bíblica como un resumen lógico, y no como un cuadro de cronología. En realidad, se puede retar á cualquier adversario formal, á que cite las patentes analogías que existen entre la narración de Moisés y las demostraciones paleontológicas; mas no nos cansaremos de repetir que Dios se propuso darnos una lección de dogma y no de historia natural. Por esto puso de relieve la substancia y miró con indiferencia el orden de la creación; de la propia suerte que ciertos historiadores dividen su narración según la naturaleza de las mate-

rias, más bien que ateniéndose á la sucesion de los hechos. En este concepto, los seis dias, si así podemos decirlo, no seria más que la exposicion del acto creador, puesta al alcance, con sùblime sencillez, de la inteligencia comun, y si quiera divinamente inspirada en el fondo, despojada, por lo que á su expresion se refiere, de toda pretension de fidelidad cronológica.

Dadas las explicaciones que proceden, ¿qué es lo que pretende la geología al atacarnos? ¿Que le concedamos un dilatado espacio para que pueda establecer sus tiempos pre-históricos? Lo hemos hecho. Importa confesar sin embargo, que no usa muy discretamente del permiso, y que no habria estado de más el que hubiese puesto muchos interrogantes al final de las arbitrarias suposiciones que respecto del particular se permite. No importa, la exegesis abandonada á la ciencia la evaluacion de la edad del mundo, con tal que la ciencia reconozca el trabajo de los seis dias, siguiendo cualquiera de las interpretaciones anteriormente anunciadas. La Biblia consigna que el hombre aparece sobre la tierra en cuanto está embellecida y decorada para la recepcion de su rey, mas una vez establecida esa verdad, ¿quanto tiempo ha empleado el divino Artífices en adornar este bella mansion?

¿Este secreto que no lo ha confiado á la revelacion, ¿logrará penetrarlo la investigacion geológica? Lo deseamos.

Existe otra transformacion de la tierra respecto de la cual se dirigen tambien graves cargos contra la fé. Nos referimos al diluvio asiático. Según los más acreditados geólogos, antes de la aparicion del hombre acaecieron varios diluvios europeos, en tanto que el diluvio mosaico fué posterior. El primer diluvio de Europa fué provocado por el levantamiento de las montañas de Noruega y Escandinavia, que con sus olas y sus rotos bancos de hielo llevó sus estragos á las llanuras septentrionales, siendo las pruebas de semejante cataclismo, las *rocas erráticas* que trasladó á terrenos movedizos que en manera alguna podian producirlas. Una de esas masas de granito, hallada en Rusia sobre un suelo permiano, ha servido de pedestal á la estatua de Pedro el Grande; otra, de piedra tumularia, á Gustavo-Adolfo.

El segundo diluvio europeo ha reconocido como origen el levantamiento de los Alpes. La cuenca del Garona, á los ojos de los observadores competentes, es un teatro clásico del trabajo realizado por las poderosas corrientes de esta inmensa inundacion. Estos dos diluvios son del

dominio puramente científico; y nada tienen que ver con la revelación. Mas, con posterioridad á la multiplicación de la raza humana, tuvo lugar un tercer diluvio, que la Escritura nos ofrece como histórico y cuyos detalles consigna, asumiendo en lo porvenir la responsabilidad de tan conmovedora narración. Ahora bien, ¿qué debe pensarse, según la ciencia, de ese tremendo castigo de las iniquidades humanas? En este punto, las investigaciones más recientes se hallan de acuerdo con la exégesis. Esta no debe hacer más para defenderse debidamente, que conceder la palabra á la ciencia.

«La opinión que fija el nacimiento del hombre en las orillas del Eufrates, en el Asia central, se halla confirmada por un acontecimiento de alta importancia en la historia de la humanidad y que gran número de tradiciones concordantes, conservadas en diferentes pueblos colocan en el mismo lugar: nos referimos al diluvio Asiático.

«El diluvio Asiático, cuyo recuerdo ha transmitido á las futuras generaciones la Historia sagrada, fué provocado por el levantamiento de una parte de la larga cadena de montañas continuacion del Cáucaso. Ensanchada desmesuradamente una de esas aberturas, resultado inevitable

de del enfriamiento de la tierra, brotó por ese inmenso cráter una cantidad inmensa de materias volcánicas, acompañando á la erupción de las lavas procedentes del interior del globo, masas enormes de vapor de agua. Esos vapores, condensándose, cayeron en forma de lluvia, y las llanuras quedaron anegadas bajo ese volcán de todo. La inundación de las llanuras, en un radio muy extenso del monte Ararat fué la consecuencia permanente.

«Oigamos la narración de este acontecimiento, consignada en el Génesis por el historiador sagrado.

«El año 660 de la vida de Noé, dice Moisés, el día décimo séptimo del segundo mes del mismo año, rompiéronse las fuentes del grande abismo de las aguas, y se abrieron las cataratas del cielo.

«Y la lluvia cayó sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. Las aguas crecieron y aumentaron prodigiosamente sobre la tierra, y todas las altas montañas que existen debajo del cielo fueron cubiertas; el agua se elevó quince codos sobre la cima de las montañas más elevadas. Toda carne que se mueve sobre la tierra fué consumida; todas las aves, todos los

animales, todas las bestias y cuanto se arrastra sobre la tierra, todos los hombres murieron, y generalmente cuanto respira y tiene vida de bajo del cielo.

"Todas las criaturas que estaban sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, lo mismo las que se arrastran que las que vuelan en el aire, todo pereció: solo se salvó Noé y los que estaban en él en el arca y las aguas cubrieron la tierra durante ciento cincuenta días."

Hasta los detalles más insignificantes de la narracion bíblica pueden explicarse por la erupcion volcánica y tangosa que precedió á la formacion del Monte Ararat. Las aguas que produjeron la inundacion de esas comarcas provenian de la erupcion, acompañada de enormes masas de vapores. Esos vapores condensándose en agua precipitáronse sobre la tierra é inundaron las extensas llanuras que parte hoy del pié del Ararat, inmensa sinuosidad montañosa.

"La palabra *toda la tierra* que se lee en la traduccion de la Biblia, conocida con el nombre de Vulgata, necesita una explicacion. Solo debe ser considerada en sentido figurado y metafórica. Un geólogo á quien se debe un libro de mucha ciencia, titulado *La Cosmogonia de Moisés*, Marcelo de Serres, ha dado una explicacion

perfectamente admisible á esta expresion del texto sagrado, pues ha demostrado que con la palabra *haarets*, que segun él se ha traducido inexactamente *toda la tierra*, Moisés pretendió designar únicamente la parte del globo que en aquel tiempo se hallaba poblada, y en manera alguna toda su superficie. La palabra *haarets* no ha tenido siempre, segun Marcelo de Serres, la significacion que le da la Vulgata; sino que con más frecuencia se toma por *region, país comarca, etc.*"

Del propio modo explica Marcelo de Serres la expresion *todas las montañas*, que se encuentra en la traduccion de la Vulgata.

"Moisés, dice Marcelo de Serres, solo ha podido indicar, con «las palabras *todas las montañas*, aquellas que realmente conocia; el número era poco considerable y se limitaba á las comarcas en «su tiempo pobladas, por consiguiente á estas debia aludir al «referirse á la extension del diluvio."

Varios intérpretes han traducido igualmente este pasaje, no de una manera literal, sino restringiendo las aguas del diluvio á las comarcas frecuentadas por los hombres.

"Entre ellos podemos citar á M. Glaire, que en la *Crestomatia hebérica*, que ha dado á cone

tinuacion de su *Gramática*, ha traducido dicho pasaje del modo siguiente: «*Las aguas habian crecido tan prodigiosamente, que las más altas montañas del vasto horizonte quedaron sumergidas, etc.* Esta traduccion da al pasaje un sentido ménos extenso que la Vulgata, puesto que limita á las montañas contenidas dentro del horizonte, las que las aguas cubrieron é inundaron (1).

«Nada impide ver en el diluvio asiático, segun el texto del Génesis, un medio de que se sirve Dios para castigar á la raza humana, entónces en el comienzo de su existencia, y que se separaba del camino por su mano trazado. Lo que parece indudable es el nacimiento del género humano en las comarcas que tienen su origen en el pié del Cáucaso, en los lugres que forman al presente parte de la Persia; y lo que es cierto, es el levantamiento de una cadena de montañas, precedida de una erupcion volcánica fangosa, que anegó los territorios, enteramente compuestos, en esas regiones, de llanuras de una extension inmensa.

El diluvio bíblico es pues real; mucho pueblos han conservado la tradicion del mismo.

1 Para la justificacion del texto sagrado basta con que las aguas invadieran toda la tierra habitada entónces por la raza humana.

«Moisés lo hace remontar á quince ó diez y ocho siglos ántes de la época en la cual escribe.

«Baroso, historiador caldeo, que escribia en Babilonia en tiempo de Alejandro, ha compuesto una historia de Caldea en la cual se remonta hasta el nacimiento del mundo, y habla del diluvio universal cuyo suceso coloca en una época inmediatamente anterior á Belo, padre de Nino.

«Los Vedas ó libros sagrados de los Judíos, que han sido compuestos al propio tiempo que el Génesis, hace unos 3,300 años (1), hacen remontar la época del diluvio á 1,500 años ántes de su época.

«Los Güebros hablan del propio desastre, como realizado en la propia fecha.

«Confucio, célebre filósofo chino, nacido por los años 551 ántes de Jesu Cristo, empieza la historia de la China hablando de un emperador llamado Jas, al cual representa ocupado en hacer manar las aguas que habiéndose elevado hasta el cielo, bañaban aun el pié de las montañas más elevadas, cubrian las colinas ménos altas, y hacian impracticables las llanuras.

«Lo repetimos: el diluvio bíblico es real; mas

1 La contemporaneidad de los Vedas y del Po-tateuco constituye un error histórico que dejamos ya demostrado.

no fué universal sino local, como acontece con todos los fenómenos de este género, y fué la consecuencia del levantamiento de las montañas del Asia occidental.

«Un diluvio por cierto muy moderno, puede hacernos formar una idea muy exacta de semejantes fenómenos. Recordaremos las circunstancias que ha presentado, para que se comprenda mejor la verdadera naturaleza del diluvio que, durante el período cuaternario, asoló algunas de las comarcas del Asia.

«En 1759, á seis jornadas de la ciudad de Mexico existía una comarca fértil y perfectamente cultivada, dónde crecían en abundancia el arroz, el maíz y las bananas. En el mes de Junio, esa comarca vióse conmovida por espantosos terremotos que se sucedieron incesantemente durante dos meses. En la noche del 28 al 29 de Setiembre, la tierra experimentó una violenta convulsion, un terreno de muchísimas leguas de extension fué elevándose paulatinamente hasta alcanzar una altura de 150 metros, en una superficie de muchas leguas cuadradas. Bajo la influencia del fenómeno, el terreno ondulaba como la superficie del mar, resultando de ello innumerables montículos que subían y bajaban alternativamente. Por último, abrióse

una sima inmensa, que empezó á vomitar humo, fuego, cenizas y piedras incandescentes, que eran lanzadas á alturas prodigiosas. Seis montañas surgieron de esa profunda abertura, entre las cuales se cuenta el volcan bautizado con el nombre de *Jorullo*, que actualmente alcanza una elevacion de 550 metros sobre la antigua planicie,

«En el momento en que tuvo comienzo la ruptura del suelo, *las dos corrientes llamadas Río de Cuitimba y Río San Pedro, retrocediendo en su curso é inundaron toda la llanura ocupada actualmente por el río Jorullo*; pero en el terreno que continuaba ascendiendo abrióse una sima que las tragó. Más tarde reaparecieron al Oeste en un punto muy lejano del antiguo cauce.

«¿No puede recordarnos semejante inundacion los fenómenos todos producidos por el diluvio de Noé (1)?»

Testimonios son los que acabamos de citar, posteriores á Cuvier, Deluc y Dolomien. Si no

1 Luis Figuier. La tierra antes del diluvio. Si citamos con tanta frecuencia á este autor, no es que nos exageremos su autoridad científica; pero nos ha parecido de buena ley, ir á buscar la confirmacion de nuestras pruebas, en las obras de un vulgarizador poco sospechoso de parcialidad en favor de la fé.

son bastantes á desvanecer la falta de inteligencia entre la religion y la geología, no será la culpa de la geología ni de la religion, sino.... de los geólogos.

CAPITULO IX.

LA FE Y LA ASTRONOMIA.

La geología nos enseña á conocer el teatro nuestro observatorio científico: la astronomía nos abre el vasto campo de nuestras observaciones.

Hé ahí una ciencia mucho ménos inofensiva de lo que á primera vista podría creerse respecto del dógma. Su campo es más extenso que el de la geología, puesto que así como esta se limita al estudio de las tierras, aquella explora la inmensidad del espacio sideral con la de los